

## SERMON EN LAS VISPERAS ORTODOXAS DE RITO BIZANTINO DE LA TRANSFIGURACION DEL SEÑOR

5 de Agosto de 1993  
Capilla del Seminario Metropolitano  
de Santiago de Compostela

Hermanos:

La Transfiguración de nuestro Señor no solamente significa una Fiesta de la Iglesia, como se celebra en el marco de la espiritualidad ortodoxa, sino sobre todo la manifestación máxima del principio triple predominante en toda la economía divina, y asimismo una reflexión inmediata sobre la creación de la vida divina de la Santísima Trinidad.

En consecuencia, la Transfiguración es:

- 1) un *principio estrictamente teológico* que revela múltiples energías de la esencia inaccesible del Dios vivo;
- 2) un *principio estrictamente antropológico* que revela las profundas exigencias morales y ontológicas de la naturaleza humana; y,
- 3) un *principio estrictamente escatológico* que procura incesantemente el triunfo final de la Voluntad de Dios en Su Creación.

Por todas estas razones, yo creo que es una coincidencia providencial que el calendario tradicional de la Fiesta de la Transfiguración del Señor caiga en los días de la celebración de la Quinta Conferencia de Fe y Constitución sobre un tema

tan significativo como éste: «Hacia una koinonía en la fe, la vida y el testimonio». He de señalar esto antes de comenzar mi exposición dado que, como ustedes verán más adelante, koinonía en el sentido teológico es nada menos y nada más que otro nombre para la Transfiguración.

1. En primer lugar, veamos brevemente lo que significa la Transfiguración como principio estrictamente teológico.

Para poder entender el profundo significado de la narración del evangelio de Mateo que describe la transfiguración de nuestro Señor, es necesario examinar no sólo el pasaje en sí, que comienza en el capítulo 17, sino todo el contexto del capítulo anterior (16,13), donde encontramos la conversación de nuestro Señor con sus discípulos en Cesaréa de Filipo sobre su identidad. San Pedro, que correctamente confesó que Jesús era el Hijo del Dios vivo, y por ello recibió la «bendición» del Señor, es el mismo que poco después fue censurado y calificado de «escándalo» y de «Satanás».

La razón de este rechazo fue que Pedro no estaba en posición de ver que todos los sufrimientos de los que había hablado Jesús como su próxima *kénosis* (vaciamiento) en Jerusalén, constituían el centro mismo de su glorificación. Precisamente aquí está la clave del misterio de la esencia inalterable de Dios, expresada en la comunión permanente que significa la Transfiguración tanto en la vida trinitaria interior, como en sus múltiples energías hacia la Creación. Si Dios pudiera ser entendido, aunque sólo fuera por un momento, como no estando en comunión permanente, o sea en la Transfiguración, significaría que Dios ya no es la fuente de amor y vida todopoderosa e inmutable. El dinamismo de la vida trinitaria interior que los Padres de la Iglesia caracterizaron como interpenetración de las tres Personas divinas, se refleja en consecuencia en numerosas energías y gracias otorgadas a toda la creación, y esto precisamente es lo que distingue de modo específico el Dios de los filósofos y el Dios vivo, que llevó a cabo la *creación de la nada* de todo el universo, y la consiguiente *revelación*.

Este dinamismo del amor divino que revela su gloria aún en la *kenosis* se manifestó solemnemente en el Monte Tabor para que, «habiendo contemplado estas maravillas, los discípulos no tuvieran temor de los sufrimientos por venir», como cantamos en un himno ortodoxo muy pertinente de nuestra liturgia. Es ese mismo optimismo en Dios que enseña Pablo

cuando dice: «considero que los sufrimientos del tiempo presente no son nada si los comparamos con la gloria que hemos de ver después» (Rom 8,18).

Concluyendo nuestro análisis del principio estrictamente teológico expresado en la «koinonía» permanente como Transfiguración, debemos admitir que solamente mediante ese concepto del Dios vivo podemos justificar los principales dogmas de la Iglesia indivisa relativos no sólo a la Santa Trinidad como tal, sino también a la Encarnación, o sea la unión hipostática en la persona de nuestro Señor y la deificación consecuente de la persona humana como la economía específica del Espíritu Santo.

2. La Transfiguración como principio estrictamente antropológico es entendida de forma apropiada solamente a la luz de lo que acabamos de decir.

Dado que el ser humano es creado a *imagen* de Dios con el propósito específico de encaminarse por gracia hacia la *semejanza* con Dios, es evidente que la antropología cristiana tiene su medida normativa y su ejemplo solamente en la cristología. En otras palabras, dado que el acontecimiento de la *kénosis* ya significa en la vida divina el punto culminante de la glorificación, todos los conceptos seculares de *progreso* y *perfección* deben por definición ser excluidos, cuando no descalificados por parte de la moralidad cristiana. Es por esta razón precisa por la que la expresión «locos en Cristo» ha significado siempre en la historia de la Iglesia el límite último de la gloria y la perseverancia humanas.

En esta perspectiva es evidente que el bien principal que debe alcanzarse y retenerse no es ningún beneficio o valor inmanente como tal, sino la «koinonía» con Dios que permite a la persona fiel comunicarse libremente con el resto de la creación, y lo conduce a través de todos los estados posibles de la Transfiguración hacia la deificación final.

3. La Transfiguración como principio estrictamente escatológico que impregna toda la creación no es más que una consecuencia profunda de lo que hasta ahora se ha dicho en relación con la persona humana que se comunica, por un lado, con la gloria de Dios y por otro lado con el proceso total del resto de la creación hacia su “metamorfosis” final. Cuando el Apóstol Juan habla en su revelación de «un nuevo cielo y una nueva tierra», es obvio que se está refiriendo al contexto más amplio entre el Dios increado y la creación toda, tal co-

mo están relacionados en el espíritu de los términos de Calcedonia: «sin confusión» y «sin división». La espiritualidad ortodoxa bizantina, así como está expresada en el ejemplo de San Máximo Confesor, que destaca la solidaridad ontológica entre el ser humano como «microcosmos» y el mundo como «macroantropos», es una confesión de una transfiguración cósmica final como la manifestación última de la gloria y el amor de Dios.

Así pues, tengo que admitir que la Transfiguración ha probado ser no sólo la noción más global de las «energías divinas», sino también el más profundo deseo moral y espiritual de la persona humana, lo que explica por qué la Fiesta de la Transfiguración es tan popular en el mundo cristiano tradicional. Huelga decir que la Iglesia Ortodoxa, al crear especialmente en el siglo XIV, el bien conocido movimiento “hesycasta” monástico, directamente relacionado con el acontecimiento de la “luz increada” tal como fue vivido en el Monte Tabor e interpretado por San Gregorio Palamas, ha dado a la Transfiguración de nuestro Señor el lugar más eminente en toda la vida espiritual y la teología de la Iglesia cristiana.

Sin embargo, dado que esta doctrina típicamente ortodoxa expresa sin duda alguna la capacidad más amplia posible del amor divino que envuelve, a través de las energías divinas increadas, hasta la partícula más ligera de la creación, es nuestra oración que tal espiritualidad gane más y más espacio en los pensamientos, sentimientos y acciones de todos los cristianos con el fin de que el Nombre de Dios sea en verdad glorificado a través de todas las naciones.

Metropolitano STYLIANOS (HARKIANAKIS)  
DE AUSTRALIA

Arzobispo Primado de la Archidiócesis ortodoxa  
de Australia, del Patriarcado Ecuménico.